

PALABRAS INICIALES

Le passé ne se conserve pas, mais fait l'objet d'une reconstruction toujours recommencée.

BERNARD LEPETIT, 1993¹

La emigración gallega y asturiana ha concitado la atención de innumerables pensadores, tratadistas, literatos, políticos y científicos sociales. Mucho antes de que el fenómeno se transformara en masivo, en el último tercio del siglo XIX, existió dentro y fuera de Península Ibérica un importante interés por comprender sus características, sus causas y sus efectos de mediano y largo plazo. En las últimas décadas el tema ha vuelto a instalarse con gran fuerza dentro de las comunidades académicas de España y de distintos países americanos, que recibieron inmigrantes del noroeste hispánico en distintos momentos de su historia. En especial, la coyuntura de la conmemoración del *V Centenario del Descubrimiento de América* (1992) constituyó la oportunidad para que se multiplicaran los estudios sobre la emigración española al «Nuevo Mundo», lo que supuso un gran estímulo para profundizar el análisis de los flujos gallegos y asturianos, componentes centrales de dichas corrientes.² Las perspectivas de indagación fueron diversas, así como también, las fuentes empleadas. Los trabajos tomaron como punto de partida la escala regional, pero también incorporaron unidades de análisis menores, en la medida en que el tema indagado lo requería. En el caso de las migraciones de asturianos, algunos estudios tomaron en consideración los concejos, a partir de los cuales se intentó seguir el ritmo de las migraciones ya no sólo hacia el exterior del Principado, sino también, dentro del mismo.³ En relación con las corrientes gallegas, la disminución de la escala se tornó aún más evidente, convirtiéndose casi en un imperativo para identificar las diferencias en el vo-

¹ LEPETIT, 1993, 163

² Para un examen del impacto académico de la mencionada conmemoración, cf.: TABANERA GARCÍA, 1998, 3-15 y NÚÑEZ SEIXAS, 2001a, 273-279.

³ ANSÓN CALVO, 1993, 457-474; BARREIRO MALLÓN, 1990, 73-88.

lumen, características y destinos de las corrientes ultramarinas.⁴ Los resultados de estas investigaciones iniciadas en las últimas décadas del siglo xx fueron amplios y permitieron avanzar en el conocimiento de las dimensiones y motivos de las salidas, las principales zonas de partida, el perfil del migrante típico, los mecanismos de traslado transoceánicos, las formas de financiamiento del viaje o las obras de aquellos que finalmente retornaron a su tierra de origen, entre muchas otras cuestiones.⁵

Sabido es que dentro del Continente Americano, la Argentina constituyó desde muy temprano uno de los principales países receptores de la inmigración del noroeste peninsular. Esta última se dispersó preferentemente en un gran abanico de ciudades, pero también, en ciertos ámbitos rurales, a partir de la puerta de entrada representada por el puerto de Buenos Aires. Algunos estudios han intentado iluminar distintos aspectos de estas corrientes: los procesos de integración socio-económica de los recién llegados, su vida asociativa, la reconfiguración de sus identidades dentro del ámbito de acogida, entre otros temas.⁶ Sin embargo, los trabajos existentes hasta el momento se concentraron por lo general en las migraciones masivas (es decir, las desarrolladas entre 1870 y 1920, aproximadamente), dejando en un segundo plano aquellas que tuvieron lugar previamente, desde mediados del siglo xviii.⁷ La importancia del conocimiento de estas últimas resulta hoy en día evidente: las migraciones de la etapa colonial y de las primeras décadas de vida independiente argentina constituyeron el antecedente de las que se produjeron a partir de fines del siglo xix, es decir, sentaron las bases sobre las que se articularon los flujos masivos. De allí que hayamos creído de gran valor abordar en esta obra un tema hasta ahora poco indagado y que amerita ser examinado en profundidad: la inmigración gallega y asturiana que llegó a Buenos Aires entre 1770 y 1810.

⁴ Este hecho se puso de manifiesto, entre otros ejemplos, en el encuadre prevaleciente de los artículos y comunicaciones de la *Revista da Comisión Galega do Quinto Centenario* o en el del libro editado por EIRAS ROEL, 1992.

⁵ Sin pretender agotar la vasta bibliografía existente sobre el tema, aludiremos a algunos trabajos de gran interés, de los últimos años (además de los ya citados). De los más antiguos a los más recientes, en relación con las emigraciones de gallegos: NARANJO OROVIO, 1988; CAGIAO VILA, con la colaboración de GARCÍA DOMÍNGUEZ, 1991; RODRÍGUEZ GALDO, 1993; VILLARES y FERNÁNDEZ, 1996; NÚÑEZ SEIXAS, 1998; VÁZQUEZ GONZÁLEZ, 1999; SOUTELO VÁZQUEZ, 2005. En vinculación con las emigraciones de asturianos: OJEDA y SAN MIGUEL, 1985; LLORDÉN MIÑAMBRES, 1988, 53-65; MADRID ÁLVAREZ, 1989; FERNÁNDEZ ROMERO, 1989; ANES ÁLVAREZ, 1993.

⁶ Algunos estudios recientes que aportaron elementos de análisis de gran valor fueron los siguientes (en orden de aparición): MARQUIEGUI, 1993a, 133-154; NÚÑEZ SEIXAS, 1999, 195-233; NÚÑEZ SEIXAS, 2001b y NÚÑEZ SEIXAS, 2002.

⁷ No obstante ello, contamos con algunos trabajos sobre el período colonial, que presentan diferentes perspectivas analíticas (de los más antiguos a los más recientes): CASTRO LÓPEZ, 1910; VILANOVA RODRÍGUEZ, 1966; GÓMEZ CANEDO, 1983; REY CASTELAO, 2001, 23-51; DE CRISTÓFORIS, 2006; CAGIAO VILA y PAZOS PAZOS, 2007.

A lo largo del siglo XVIII tanto Galicia como Asturias incrementaron su participación en las corrientes de peninsulares que se dirigieron al exterior. Este comportamiento fue similar al de otras regiones contiguas a las mencionadas (Cantabria, País Vasco, Navarra), lo que permite afirmar que en el tránsito del siglo XVIII al XIX el norte peninsular empezó a comportarse como una verdadera «cantera» de donde se nutrió la emigración española con dirección a América.⁸ Esta «septentrionalización» de las corrientes hispánicas coincidió con otro fenómeno de no menor importancia: el creciente protagonismo del Río de la Plata como destino de las mismas. De este modo, a partir de las últimas décadas del setecientos se estableció una vinculación muy estrecha entre Galicia y Asturias, por un lado, y Buenos Aires, por otro, relación que perduró a lo largo del siglo XIX, con diferentes intensidades. La última ciudad terminó convirtiéndose en el segundo o tercer destino de los migrantes del noroeste peninsular, luego de La Habana o Montevideo, lo que motivó nuestro interés por la misma, como espacio de arribada.⁹

En las postrimerías del período colonial la ciudad porteña aparecía como un destino atractivo para los inmigrantes de las más diversas procedencias, en especial, luego de que las Reformas Borbónicas la transformaron en capital virreinal (1776), dotándola de una nueva centralidad burocrática y consolidando su expansión comercial. Los migrantes del noroeste hispánico, como otros peninsulares o europeos en general, encontraron en ella diversas vías de integración y de movilidad social ascendente, lo que favoreció su establecimiento dentro de la misma. Hacia 1810, los gallegos representaban alrededor del 32% de los 2.486 españoles europeos identificados por nosotros en 16 de los 20 cuarteles en que entonces se dividía Buenos Aires y para los cuales disponemos de información. Los asturianos constituían aproximadamente un 5% de dicho universo peninsular.¹⁰ Los primeros eran el grupo numéricamente más importante dentro del conjunto de los españoles en general, seguidos por andaluces, vascos, catalanes, castellanos y asturianos, en orden decreciente. Sin embargo, debemos destacar que la importancia de la colectividad del noroeste hispánico en el Buenos Aires tardío colonial no sólo se debió a esta notoria presencia numérica, sino también, al rápido arraigo que logró dentro de la ciudad. Gallegos y asturianos se incorporaron activamente a los circuitos comerciales locales, participaron de distintas formas asociativas de carácter comunitario (de tipo religioso o militar) y se unieron

⁸ LEMUS y MÁRQUEZ, 1992, 67-68; MARTÍNEZ SHAW, 1994, 174-179.

⁹ EIRAS ROEL, 1990, 18-19; MACÍAS HERNÁNDEZ, 1990, 38-42; MARTÍNEZ SHAW, 1994; SÁNCHEZ-ALBORNOZ, 1988, 14 y SÁNCHEZ-ALBORNOZ, 1995, 747-758.

¹⁰ Padrones Generales de los habitantes de Buenos Aires de 1806 y 1807, Archivo General de la Nación (en adelante AGN), Bs. As., División Colonial (en adelante DC), Sección Gobierno, Sala IX (en adelante S IX) 9-7-7; y Censo de Buenos Aires de 1810, AGN, Bs. As., DC, S IX 10-7-1. Los porcentajes fueron obtenidos gracias al análisis complementario de los cuarteles 1-8, 11-15, 17-19 de los mencionados padrones.

en matrimonio con las mujeres criollas, incorporándose activamente a la vida social urbana y favoreciendo su desarrollo.

Esta concentración en los migrantes del noroeste hispánico no sólo se fundamentó en esta significativa presencia histórica y en esta incidencia en el desarrollo de la sociedad rioplatense, sino también en la elección de una particular escala de análisis: la regional. Nuestra inclinación por esta última encuentra numerosos antecedentes dentro de la historiografía española, en especial, luego de que el proceso de reconstitución de las autonomías fomentó la adopción de este tipo de enfoque, para el seguimiento de las migraciones hacia el exterior. Sin embargo, aclararemos que a lo largo de nuestro trabajo la escala regional será combinada con otras (más macro o micro), en tanto y cuanto el problema examinado lo demande. Asimismo, nuestro interés por estudiar de modo paralelo y conjunto los flujos gallegos y asturianos se basó en otro presupuesto: el de que en última instancia, unos y otros protagonizaron un proceso migratorio que presentó rasgos comunes, al menos en lo relativo al destino sudamericano. Además de hallarse en condiciones similares para iniciar el traslado ultramarino (por su cercanía a las zonas costeras y a los puertos de embarque, donde circulaba la información sobre las oportunidades en tierras allende el océano), desplegaron mecanismos de traslado y de integración bastante similares en la sociedad receptora.¹¹ Un ejemplo de esto último lo encontramos en la semejanza de ambos grupos en cuanto a su inserción ocupacional en el ámbito porteño, a comienzos del ochocientos.

Un problema que plantea nuestro análisis y que nos gustaría clarificar desde un principio es la definición de *migrante*, teniendo en cuenta el contexto colonial que nos preocupa. Por un lado, se ha hecho un uso amplio de la categoría de *migrante* para los siglos de dominación española, incluyendo dentro de la misma a los «provistos» (es decir, a los funcionarios, ya fueran civiles, religiosos o militares) o incluso, a la población negra esclava.¹² Esta noción abarcativa puso énfasis en la existencia de «movilidad humana» como criterio básico para identificar un movimiento migratorio, más allá del carácter, finalidad o duración del mismo. Pero por otro lado, algunos autores han cuestionado el empleo del concepto de *migrante* para los siglos coloniales, argumentando que en realidad, aquellos españoles que se desplazaron en esas centurias hacia el Continente Americano no experimentaron cambios radicales en sus modos de vida, dado que pasaron a unas sociedades que se encon-

¹¹ Los criterios que nosotros emplearemos para concebir las migraciones de gallegos y asturianos como equiparables entre sí difieren de aquellos puestos en juego en las interpretaciones de quienes fueron testigos del fenómeno migratorio, temprano o tardío. A menudo estas últimas hicieron hincapié en el «espíritu aventurero» común del pueblo gallego y asturiano, en su compartido «amor por el mar y por los lejanos enigmas», en su «esencia heroica» que los llevó a abandonar el suelo natal con la promesa de retornar a él en el futuro. V., por su poder persuasivo en las direcciones señaladas, VELÁZQUEZ RIERA, 1954, 6.

¹² Cf., entre otros, HERNÁNDEZ SÁNCHEZ-BARBA, 1954, 119; ROBINSON, 1990, 1-17, 324-331; o MACÍAS DOMÍNGUEZ, 1999, 21-41.

traban bajo la soberanía del rey, con leyes semejantes a las que regían en la Península, con su misma lengua, religión y costumbres.¹³

Desde nuestro punto de vista, esas similitudes fueron bastante relativas y habría que matizarlas, a la luz del heterogéneo desarrollo social y económico americano, y teniendo en cuenta que esta evolución en muchos casos alejó, más que acercó, a los territorios de ultramar del metropolitano. La creación de un derecho propiamente indiano, entre otros muchos aspectos, abonaría la idea de una cierta singularidad en el desenvolvimiento de la vida americana, que demandó la sanción de nuevas normas jurídicas, adaptadas a las cambiantes circunstancias. Por otra parte, creemos que, con ciertos límites, es factible aplicar la noción de *migrante*, en relación con el traslado de españoles al Nuevo Mundo. En primer lugar, tanto aquellos que se desplazaron desde el siglo XVI al XVIII, como aquellos que lo hicieron entre el XIX y el XX tenían motivos fundados para partir y problemas a resolver, derivados de su deseo de movilizarse (a dónde ir, cómo obtener recursos, qué medios utilizar). En los dos casos, el traslado no era una acción meramente individual, sino que involucraba de diferentes modos y en distintos niveles, a vecinos, familiares, transportistas, comprometidos en la creación de las condiciones favorables para el largo viaje. Por último, también en las dos situaciones, la migración no suponía una trayectoria lineal, signada por los procesos de expulsión y ajuste-asimilación a la sociedad receptora, sino que conllevaba diferentes movimientos de ida y vuelta, retornos definitivos al lugar de origen, es decir, múltiples desplazamientos de corta, media o larga distancia.¹⁴ En definitiva, el proceso migratorio no difería sustancialmente en uno y otro caso.

Sin embargo, el hecho de que tanto un español que realizó su travesía ultramarina a fines del siglo XVIII, como otro que la llevó a cabo en las postrimerías del XIX, hayan podido considerarse o ser percibidos como «migrantes», no significa necesariamente que todos lo hayan sido. Una conceptualización jurídica puede ayudar en parte a clarificar el problema, pero también puede resultar limitada para iluminar un contexto histórico determinado, al brindar escasos elementos acerca de lo que la sociedad del momento consideraba como migrante.¹⁵ Para los siglos coloniales tendríamos que excluir de dicha noción a algunos grupos humanos que, por sus privilegios o condición social, no podrían ser comprendidos dentro de la misma. Por un lado, aquellos funcionarios que, designados por la corona para desempeñar un mandato por un tiempo determinado en América (en general, por un período de

¹³ V., p. ej., DÍAZ-TRECHUELO, 1991, 190-191.

¹⁴ DEVOTO, 2003, 24.

¹⁵ Para dar un ejemplo de definición jurídica de migrante, nos referiremos a la brindada por PÉREZ-PRENDES y MUÑOZ-ARRACO, que nos resulta de interés: «Todo desplazamiento de sujetos del Derecho —que provoque cambios en la capacidad de obrar de los desplazado—, hecho, por tiempo indefinido *a priori*, hacia país extranjero o colonias propias, para alcanzar participación en sus mercados de trabajo». Cf. PÉREZ-PRENDES y MUÑOZ-ARRACO, 1993, 35.

cinco años), cumplían con el mismo y regresaban a España. Por otro lado, los grandes comerciantes monopolistas que, ligados estrechamente a la economía metropolitana, vivían en los dominios de ultramar, pero disfrutando de numerosas ventajas sociales y legales que acercaban su modo de vida al de sus pares instalados en la Península.¹⁶ Por supuesto, muchas veces las fronteras son difíciles de establecer, pero vale la pena reflexionar sobre ellas.

Los razonamientos expuestos nos conducen a afirmar que nuestro trabajo no versará sobre aquellos sujetos que se trasladaron a Buenos Aires merced a su encumbramiento en las estructuras burocráticas o socio-económicas del Imperio colonial, sino que más bien se concentrará en aquellos gallegos y asturianos más anónimos, que formaron parte del pueblo llano y que por su condición de tales, han dejado menos huellas en la documentación disponible en nuestros días. Ello no impedirá que examinemos la trayectoria de algunos migrantes que lograron acceder a ciertos puestos administrativos o que se integraron al núcleo más selecto de comerciantes, merced a procesos de movilidad social ascendente, que tuvieron lugar dentro del ámbito rioplatense.

La obra está compuesta por cinco capítulos, dedicados a los siguientes temas: el volumen, los ritmos y los destinos de la emigración gallega y asturiana de fines del Antiguo Régimen y las causas de la misma, en función del contexto rioplatense (capítulo primero); las políticas implementadas por la corona, en relación con los movimientos de población y las prácticas migratorias que pusieron en marcha los peninsulares del noroeste hispánico, para trasladarse hacia o desde el Continente Americano (capítulo segundo); los procesos de integración de los recién llegados en la sociedad de acogida, desde el punto de vista de las pautas residenciales, ocupacionales y matrimoniales desplegadas por los mismos (capítulos tercero y cuarto) y las alternativas de movilidad espacial abiertas para los gallegos y asturianos instalados en Buenos Aires, entre 1810 y 1820, es decir, en los años inmediatamente posteriores a la Revolución de Mayo (capítulo quinto). Por tanto, nuestro examen se detendrá en la etapa tardo colonial, para luego dejar planteados los avatares de los peninsulares del noroeste hispánico, en la especial coyuntura del inicio del proceso emancipación y del establecimiento de un nuevo orden independiente.

Como puede apreciarse de este breve recorrido por los contenidos de los capítulos, hemos prestado una atención preponderante al contexto de llegada de los flujos astur-galaicos. El hecho de que tuviéramos un más fácil acceso a las fuentes rioplatenses que a las españolas, condicionó ciertamente este enfoque. Sin embargo, en la medida de nuestras posibilidades combinamos documentación y bibliografía de ambos lados del Atlántico, en un intento por aproximarnos a aquella premisa sostenida ya hace algunos años por Frank Thistlethwaite, en el *XI Congreso Internacional de Ciencias Históricas*, ce-

¹⁶ DEVOTO, 2003, 25-26.

lebrado en Estocolmo. En dicha oportunidad, el mencionado americanista defendió la necesidad de concebir a los movimientos migratorios en su *totalidad*, es decir, desde el punto de vista de las continuidades existentes entre sus ámbitos de origen y de llegada.¹⁷

La interpretación de las migraciones como un fenómeno global y desarrollado en un espacio circular (dentro del cual se incluyen los retornos a la tierra de vecindad o naturaleza) supuso ampliar al máximo posible nuestro repertorio de fuentes. Esto último también estuvo motivado por el hecho de que para el período elegido no contamos por lo general con información continua y confiable de índole estadística. Por tanto, nos vimos obligados a consultar una documentación indirecta, tanto inédita como editada. Entre las del primer tipo se encuentran las que se han conservado en Archivos españoles y argentinos, como por ejemplo: informaciones y licencias de pasajeros a Indias, expedientes sobre familias pobladoras de las costas patagónicas (Archivo General de Indias); expedientes sobre soldados pobladores (Archivo General de Simancas); libros de filiaciones de las familias del Reino de Galicia que pasaron a las Provincias del Río de la Plata (Archivo Municipal de La Coruña); padrones de habitantes de Buenos Aires, licencias y pasaportes, testamentos y otros documentos notariales, expedientes comerciales y judiciales, cartas de ciudadanía, filiaciones de batallones y regimientos (Archivo General de la Nación, Argentina); actas y boletos matrimoniales (Archivos Parroquiales, Argentina); expedientes de pobladores de la Frontera, Chascomús, Ranchos y Guardia de Luján (Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires, La Plata, Argentina). Las fuentes editadas comprenden principalmente publicaciones oficiales y periódicas, relatos de viajeros u obras de los contemporáneos en vinculación con la cuestión de la migración. La localización más detallada de esta documentación podrá hallarse al final de este libro, en el apartado titulado «Fuentes y Bibliografía». En el mismo también se incluye un listado de los libros y artículos que sirvieron de base para nuestro estudio, que esperamos pueda ser de utilidad para el lector interesado en el tema.

¹⁷ THISTLETHWAITE, 1991, 22-23.